TEMAS

CULTURA IDEOLOGIA SOCIEDAD

NUMERO EXTRAORDINARIO 12-13 / 1998

EL 98

DANZAR LO CUBANO CON EL ARTE NUEVO

¿HABRA TRANSICION EN EL EXILIO?

TEMAS
CULTURA IDEOLOGIA SOCIEDAD

no. 12-13, octubre de 1997-marzo de 1998. Número extraordinario- Nueva época.

ENFOQUE
Releyendo el 98

El de acá y los otros 98:
un enfoque global/ 4
Oscar Pino Santos

Modernidad y 98 en Cuba:
alternativas y contradicciones/ 13
Pedro Pablo Rodríguez

La alternativa histórica
de un 98 no consumado/ 19
Oscar Loyola Vega

La historia profunda: la sociedad civil del 98/ 27
María del Carmen Barcia Zequeira

Impactos de los 98
en el campo religioso cubano/ 34
Jorge Ramírez Calzadilla

La disolución del Ejército Libertador:
el gran objetivo de los Estados Unidos/ 42
Rolando Rodríguez

1898: comercio, reciprocidad, modernización/ 48
Oscar Zanetti

Desastre, realidad, regeneracionismo.
España y el 98/ 62
Aurea Matilde Fernández Muñiz

El Caribe colonial en 1898:
ruptura y continuidad/ 69
Digna Castañeda Fuertes

El Consejo Ejecutivo
y la «norteamericanización» de Puerto Rico/ 82
Pedro A. Cabán

Contra el panhispanismo.
De José Martí a Fernando Ortiz/ 96
Ana Cairo Ballester

107/ Reacción intelectual cubana ante la crisis del 98
Denia García Ronda

116/ 98 y poesía cubana
Luis Álvarez Álvarez

135/ Modelos lingüísticos en contienda:
hacia un nuevo 98
Marlen Domínguez

143/ De regreso al principio. 1898 y el cine en Cuba
Michael Chanan

152/ Alfred Thayer Mahan y el paisaje de fin de siglo
Michael Chanan

CONTROVERSIA

163/ ¿Algo nuevo en la plástica de los 90?
Magaly Espinosa Delgado, Janet Batet González,
Corina Matamoros Tuma, David Mateo Núñez,
Lázaro Saavedra González, José Toirac Batista

ENTRETEMAS

178/ La proyección externa de la Revolución cubana:
oportunidades y desafíos
Luis Suárez Salazar

191/ ¿Habrá transición en la ideología del exilio?
Max J. Castro

203/ De lo cubano en la danza
Ivette Fuentes de la Paz

LECTURA SUCESIVA

216/ El movimiento obrero en Cuba:
dos décadas de su historiografía (1973-1995)
Carlos del Toro González

TEMAS no. 12-13: 4-12, octubre 1997-marzo 1998.

El de acá y los otros 98: un enfoque global

Oscar Pino Santos

Economista e historiador. Consejo de Estado.

El primer centenario de los memorables acontecimientos ocurridos en 1898 ha convocado la atención de los más diversos círculos —singularmente los académicos—, tanto en nuestro espacio caribeño como en la península ibérica y la vecina potencia norteamericana. Fue aquel el año en que se produjo la intervención de esta última en la guerra que libraban los cubanos por su independencia —evento que, con la derrota militar de España, marcó el inicio de la condición dependiente de Cuba (en una primera fase como virtual protectorado de los Estados Unidos) y la abiertamente colonial de Puerto Rico y Filipinas.

El énfasis que suele ponerse en el recuento y análisis de tales hechos está, desde luego, justificado. Mas, acaso, resultaría útil advertir el carácter un tanto unilateral de ese enfoque. Pues, sin mengua de la trascendencia que debe acreditarse a aquella intervención y sus consecuencias, convendría recordar que aquel año 98 estuvo también signado por acontecimientos ocurridos en otros escenarios —en el continente africano y en el asiático— cuyas implicaciones históricas no debieran subestimarse. Fue 1898, en efecto, el año en que culminó la tristemente célebre «rebatiña» por Africa, prácticamente repartida entre las potencias europeas en medio de agresivas pugnas que por poco desencadenan una guerra entre dos de ellas (Gran Bretaña *vs*. Francia: Incidente de Fashoda) mientras, anegados en sangre, eran liquidados los últimos focos de rebeldía e independencia de los aborígenes africanos. En 1898, asimismo, las propias potencias europeas —luego de casi seis décadas de imposición de tratados desiguales a la decadente dinastía Qin— iniciaron una nueva y relampagueante fase de sus agresiones contra China, a la que ahora se repartieron en «zonas de influencia» que redujeron aquella milenaria —y otrora poderosa— civilización a un *status* semicolonial.

Esta versión más amplia y comprensiva de los sucesos acaecidos en 1898 resulta imprescindible para el examen, en toda su hondura, del proceso histórico de más vastos alcances —y una misma raíz en su origen— que tenía lugar entonces, y del cual la intervención norteamericana en el conflicto cubano-español, aunque importante, solo representó un episodio. El distanciamiento geográfico de los hechos (en tres continentes), en contraste con la puntual coincidencia en el tiempo (1898); la identidad y rango

de sus protagonistas (las grandes potencias) y sus víctimas (países del Tercer mundo), así como su índole (reparto territorial del planeta mediante el ejercicio violento de la superioridad económica, política y sobre todo militar), se advierten reveladores. Sugieren, sin dudas, la presencia de un nuevo y determinante factor histórico como trasfondo de aquellos aconteceres. Y no estamos, desde luego, descubriendo una noción inédita o sorprendente, si la identificamos con la alborada del fenómeno imperialista contemporáneo que —si bien precedida por hechos ocurridos desde tiempo atrás— irrumpió en su forma más dramática, brutal y escandalosa precisamente en el año 1898.

Mas para referirnos a cómo ello tuvo lugar no solo en los archipiélagos caribeño y filipino, sino también en Africa y China, será necesario tomar en cuenta ciertos antecedentes.

La economía mundial a fines del XIX

Desde las décadas de los 60 y 70 del siglo pasado, el auge económico europeo y estadounidense —al que comienza a incorporarse Japón a partir de la Restauración Meiji en 1868— asume un ritmo acelerado. Progresos que a Gran Bretaña costaron un siglo de graduales avances, con la llamada Segunda Revolución Industrial —en la que, mucho más decisivamente que en la primera, la ciencia desempeña un papel protagónico—, traducida de inmediato en epocales innovaciones tecnológicas que se extienden a otros países en solo quince o veinte años.

Se introducen máquinas cada vez más perfeccionadas, poderosas y eficientes. Surgen nuevos portadores (petróleo) y formas de energía (electricidad). Se imponen métodos (Bessemer, Siemens-Martin) para la producción de acero, que así va desplazando al hierro. Se extienden prodigiosamente los medios de transporte con las mejoras en las técnicas de construcción de carreteras, la ampliación de las redes ferroviarias y la multiplicada botadura de modernos buques. La química da a luz materiales nuevos, y descubre nuevas posibilidades en otros. La física revoluciona las comunicaciones, que ahora interconectan los lugares más distantes del planeta con la telegrafía, el cable submarino y los teléfonos. Incluso las artes de guerra experimentan el impacto de los avances, con la aparición de más efectivas armas de fuego.

Pero las asimetrías en los niveles de desarrollo a escala mundial que acompañan esa evolución son impresionantes.

En primer lugar entre el conjunto de potencias capitalistas y lo que hoy llamamos Tercer mundo, que fue surgiendo en aquella coyuntura al quedar los países que lo componen —algunos de ellos a la vanguardia entonces entre los más avanzados— marginados y cada vez más a la zaga respecto al dinámico progreso del capitalismo europeo y norteamericano.

Paul Bairoch, luego de laboriosos cálculos, nos ofreció hace unos años las más aproximadas estimaciones estadísticas acerca de aquel proceso.

En 1750 Europa no representaba más que el 23,2% de la producción manufacturera mundial, pero en 1860 llegaba al 53,2% (60% incluyendo los Estados Unidos) y en 1900 absorbía el 62,2% (y un 85,8% con los Estados Unidos).

Mientras tanto, el Tercer mundo (con India y China a la cabeza) retrocedía del 73,0% (1750) al 36,6% (1860) y a solo un 11,0% (1900). Este Tercer mundo resultó así el gran «perdedor» en aquella acelerada evolución económica que impulsó el capitalismo durante el siglo y medio que culmina en las postrimerías del XIX. En algunos casos, el deterioro fue bien dramático. China, en el mismo sector de producción manufacturera, cayó de una participación a nivel mundial de un 32,8% en 1750 a solo 6,2% en 1900. India-Pakistán, en igual período, de 24,5% a 1,7%.

El desigual ritmo de desarrollo, sin embargo, involucraba también a los propios países del norte capitalista industrializado.

A la cabeza de aquellos desenvolvimientos se había encontrado siempre Gran Bretaña, cuna de la primera revolución industrial, dueña del más colosal imperio colonial de la historia y reina de los mares. Pero a fines del XIX, su ex colonia norteamericana —que en 1750 solo exhibía un casi deleznable 0,1% de la producción manufacturera mundial—, en 1860, ya como los Estados Unidos, esta se apreciaba en un 7,2%, y en 1900 llegaba a un 23,6% y desplazaba del primer lugar a su metrópoli de otrora. La propia Gran Bretaña, sin embargo, ranqueaba entonces en una segunda posición (18,5%) que conviene calificar. En niveles de industrialización per cápita se mantenía en la posición cimera, continuaba poseyendo su vasto imperio colonial y supremacía marítima, y Londres era aún el centro comercial, inversionista y de negocios más poderoso del planeta.

Alemania, que después de su unificación se había graduado como imperio (1870) e iniciado un dinámico ritmo de crecimiento, ocupaba ya, en 1900, un tercer lugar (13,2%), por encima de Francia y Rusia (7,8%). A cierta distancia se ubicaba entonces el imperio Habsburgo (4,7%) y aún más lejos Italia y Japón (2,5%).

La aurora de los monopolios

Los desiguales, pero en general impresionantes, avances económicos de los países industriales del norte

vinieron también acompañados —en proceso de íntimas interrelaciones— por importantes cambios en los modos de funcionamiento del capitalismo y sus superestructuras.

Desde aproximadamente los inicios del último tercio del XIX, en efecto, ese régimen comenzó a transitar de una fase de libre concurrencia a otra en que desempeñaban un papel cada vez más protagónico formas de organización de empresas con tendencias a la monopolización de los mercados. Al principio, por coordinación de acciones entre ellas y después, por el desmesurado crecimiento de algunas, fue imponiéndose en los más importantes sectores lo que años más tarde, con no poco eufemismo, ciertos economistas denominaron condiciones de «competencia imperfecta». Este proceso trajo consigo fenómenos de fusión del capital industrial con el bancario, el surgimiento de oligarquías financieras y el vínculo funcional más íntimo entre estas últimas y los gobiernos —el desarrollo paulatino de lo que se ha llamado capitalismo monopolista de Estado (CME).

Un proceso similar —al que conviene aludir a los fines de esta exposición— tuvo lugar en los Estados Unidos, aunque con algunas características propias. Con la guerra civil (1861-65), la actividad económica había cobrado un gran impulso. La agricultura experimentó una colosal expansión, apoyada por la introducción de maquinaria y la aplicación de métodos científicos de laboreo de la tierra (en solo las tres o cuatro décadas anteriores al final de siglo se incorporaron áreas de cultivo equivalentes a toda la superficie de Europa Occidental). En una nueva fase del w*estward movement,* la mitad oeste del territorio se convirtió en una enorme región ganadera. Al mismo tiempo, los avances en el transporte y otros sectores fueron extraordinarios. La revolución industrial había demorado un tanto en llegar, pero sobre la medianía de siglo su corolario —el sistema fabril— ya desplazaba la producción tradicional de pequeños talleres individuales y la labor hogareña, y en el Censo de 1890 se pudo constatar que la producción manufacturera había dejado atrás la agropecuaria como fuente del ingreso nacional. En las postrimerías del XIX —sobre la base de sus inmensos recursos naturales, inmigración masiva de fuerza de trabajo, desarrollo científico-técnico, industrialización arancelariamente protegida e incluso vigoroso espíritu empresarial—, los Estados Unidos eran la primera potencia económica del mundo.

Por otro lado, desde aproximadamente comienzos del último tercio de la centuria, la transición de un régimen de libre concurrencia a otro de auge monopolista, de concentración del capital y centralización de la producción, fue imponiéndose como en Europa, si bien, en el caso norteamericano, con el acompañamiento de ciertos rasgos de corrupción, escándalo y espectacularidad verdaderamente únicos. En ello desempeñaron un papel decisivo aquellos protagonistas del proceso que dieron lugar a esa singular bibliografía que inician Ida M. Tarbell con su denuncia de las actividades de la Standard Oil Co. (1903-05) y Gustave Myers con la historia de las grandes fortunas de la época (1907), y que —mediando otras posteriores no menos significativas, como la de Anna Rochester (1936)— culminan en los serios y más actualizados análisis de Víctor Perlo sobre el imperio de las altas finanzas (1957).

Fueron —desde los 60 y 70— los años del XIX en que campean en el escenario norteamericanos aquellos celebérrimos *mogules* (Holbrook) del tipo de los Vanderbilt, Gould, Harriman (ferrocarriles y transportes); Rockefeller (refinerías de petróleo); Astor (especulación con terrenos urbanos); Carnegie, Frick, Dupont, Havemeyer (industrias) y tantos otros contemporáneos de aquel fiero, todopoderoso en sus dominios financieros y en cualquiera de sus campos de acción irrepetible personaje que se llamó John P. Morgan. Todos, hábiles y enérgicos emprendedores, aunque raramente escrupulosos en la tarea de acumular prodigiosos caudales multimillonarios sobre la base de la absorción y control tentacular de empresas, explotación de los trabajadores, violaciones de la ley, corrupción de partidos políticos y de funcionarios, trampas financieras, especulación con valores bursátiles, fraudes, latrocinio y el más completo catálogo de tropelías delictuosas.

Históricamente, sin embargo, representaron bastante más que el aspecto anecdótico de la evolución del capitalismo norteamericano hacia la era de los monopolios en fases que algunos autores (Faulkner y otros) definieron con cierta aproximación cronológica: los *pools* (1870-87), más o menos equivalentes al *cartel* europeo, que reciben el primer gran impulso con la Standard Oil Co. de J. D. Rockefeller; los *trusts* (1887-97), que se imponen en el azúcar, whiskey, plomo, algodón y otros sectores; y las *holding companies* (1897-98), que llegaron para quedarse.

La fusión del capital bancario y el industrial —con el control del primero sobre el segundo— tiene, tal vez, una fecha inaugural precisa en la economía norteamericana: la de 1886, cuando J. P. Morgan reunió en su mansión de Nueva York a los principales magnates ferroviarios y les comunicó que los bancos que él representaba habían creado una comisión encargada de liquidar la ruinosa competencia existente entre las diversas empresas de aquel sector. Sin la aprobación de ese comité, dijo, no se podrán crear nuevas líneas ferroviarias ni ampliar las existentes. «Los bancos —advirtió— no harían negocio e impedirían